

X.

Los defensores del punto de San Agustín resistieron unos momentos más, después se rindieron á discreción.

En el patio del convento se fusilaron á varios jefes, entre ellos al general Quijano.

Al día siguiente subió al cadalso el miserable Trujeque, que había desertado tres veces de las filas republicanas.

Los restos del ejército imperial se refugiaron en los cerros de Loreto y Guadalupe.

El ejército republicano movió sus columnas sobre esos puntos.

El día 4 el general Tamariz entregó su espada en manos de Porfirio Díaz, quien respirando caballerosidad en todas sus acciones, permitió al vencido que conservase su acero.

¡Puebla de Zaragoza estaba en poder de la república!

¡La toma de la ciudad es la epopeya en el altar glorioso de las batallas dadas en la segunda época de la independencia mexicana!

El nombre de Porfirio Díaz se enlaza á la corona del vencedor de los franceses, y en la frente de aquella ciudad aparecerán brillantes en el porvenir la fecha memorable del 5 de Mayo de 862 y la del 2 de Abril de 867.

Porfirio Díaz recibió un parte en que se le anunciaba que la señorita Delfina Ortega era ya su esposa.

Aquella alma resplandeciente de felicidad se evaporó en un perfume del cielo perdonando á los que lealmente había vencido en el campo de batalla.

CAPITULO DECIMOCUARTO.

LAS CINCO BATALLAS.

I.

Porfirio comprendió que la noticia de la pérdida de Puebla debía desconcentrar al general Márquez, y que aquel era el momento oportuno para batirlo.

El general republicano no se engañaba en sus cálculos.

Márquez se encontraba improvisamente en una situación difícil á treinta leguas de su centro de operaciones.

La nueva del valeroso asalto del 2 de Abril dejó confuso y abismado á ese miserable, que nunca ha sabido combatir lealmente y para quien el valor y la honra son palabras sin sentido ni significación alguna.

Desde luego pensó en la retirada.

La fuga es la idea dominante de ese asesino vulgar.

Porfirio Díaz refundió en sus batallones á los prisioneros de la clase de tropa, se reunió á Leyva con sus caballerías, é hizo ingresar en sus filas á todas las partidas sueltas y guardaciones para poder presentarse en un número suficiente ante la división de Márquez.

Contaba el general con toda clase de municiones tomadas en Puebla.

Además, había ordenado al valiente coronel Jesús Lalanne que con su corta fuerza detuviese á Márquez, aunque lo hiciese pedazos.

Lalanne cumplió con las órdenes de Porfirio sabiendo positivamente que lo habían de derrotar.

El pundonoroso y arrojado coronel, detuvo al enemigo.

Los batallones quedaron en cuadro; pero el honor de la república muy alto, y bien puestos sus estandartes.

Lalanne se reunió al ejército, que saludó á sus hermanos victoriosos y heroicos en la derrota.

En San Diego del Notario tuvo lugar otro encuentro con las caballerías que espedicionaban sobre el valle de México y que á marchas dobles se dirigían al campamento de Porfirio Díaz.

Otros dos encuentros tuvieron lugar en el tránsito del camino de Huamantla hasta el campo de San Lorenzo, donde las infanterías dieron alcance al ejército imperial.

La hacienda de San Lorenzo es una finca magnífica de los Llanos.

Está situada al pié de la cordillera de esas montañas que forman la sierra donde se asienta el Popocatepetl, rey de los volcanes de América.

II.

En la casa de la hacienda hizo alto el general Márquez el día ocho de Abril y permaneció todo el día nueve.

Porfirio dispuso seis columnas de ataque, avanzó la artillería

ría y á las once de la mañana se rompió un fuego lento de cañón.

Reinaba el mayor entusiasmo en el campamento.

No parecía que se estaba en los preliminares de una batalla, tal era la bulla y la algazara de aquellos soldados que descansando sobre sus armas, esperaban el toque del clarín para avanzar sobre el enemigo.

Aquellos hombres que venían de asaltar los fosos y trincheras de Puebla, veían como un juego de niños una batalla campal.

—Ya están en la jaula, mi coronel, decía aquel capitán, cuya conversación hemos oído en el cerro de San Juan.

—O la beben ó la derraman, respondía el coronel, aquí les rasgamos sus banderas.

—¿No siente usted hambre, mi coronel?

—Alguna, desde ayer no pruebo un bocado.

—Yo tengo una botella de Cheri Cordial, que me traje de San Nicolás, ¿quiere usted desayunarse?

—Es muy temprano para tomar dulce.

—Usted lo sabe, mi coronel.

—¿Y está bueno el licor?

—Riquísimo!

—Lo probaremos.

El oficial sacó una botella, aplicó los dientes al tapón y tiró de él hasta zafarlo de la botella.

El coronel tomó un trago, saboreó el licor, dió otro trago, se puso á reflexionar y dió tres tragos á la vez.

—¿Qué tal, mi coronel? dijo el oficial para contener el ataque.

—Señor oficial, vaya usted y dígame al comandante de mi cuerpo que venga inmediatamente.

El oficial partió á escape.

—Ya me quité al importuno, murmuró el coronel y continuó su asalto á la botella.

Cuando regresó el oficial, ya su coronel había llenado de agua el frasco del licor.

—Tenga usted su botella, y gracias.

—No hay de qué, mi coronel, y guardó con cuidado la botella, ignorando la fatal sustitución.

Media hora después el coronel estaba desesperado.

El licor tomado en ayunas le había provocado un dolor de estómago que ya cargaban con él todos los diablos. Lo mas gracioso del caso era que maldecía al oficial como si hubiera tenido la culpa de sus excesos.

Si el coronel no hubiera sido calvo, ese día no se deja un pelo en la mollera.

III.

El cañoneo continuaba, y Márquez esperaba el ataque á pie firme.

Porfirio mandó ocupar los cerros que están á la retaguardia de la hacienda.

El general Guadarrama llegaba de Querétaro con cinco mil rifleros y dentro de breves horas se encontrarían en el campo de San Lorenzo.

Márquez comprendió por esta noticia y el movimiento de Porfirio Díaz, que se acercaba el momento de la derrota.

Las fuerzas republicanas seguían circunvalando el punto ocupado por el enemigo.

La batalla debía empeñarse luego que las posiciones designadas por el general se hubiesen ocupado.

Las guerrillas se tiroteaban con los austriacos, que se parapetaron en un espeso magueyal.

Márquez tenía que aceptar el combate, dentro de breves horas no tendría un punto por donde retirarse.

La casualidad lo vino á favorecer.

Desatóse un aguacero como en Waterloo y el 6 de Mayo.

La granizada era horrible, el campo quedó envuelto en una manga de agua.

Las operaciones se suspendieron.

La tempestad continuó toda la tarde y parte de la noche.

Porfirio Díaz esperó la mañana para emprender su ataque.

Todo quedó dispuesto, señaladas las columnas y determinados todos los movimientos.

Las avanzadas de Guadarrama aparecieron en el campo republicano.

Márquez aprovechó el momento de la noche en que el agua había cesado, y comenzó con el mayor sigilo á retirarse por las montañas.

Cuando amaneció, ya la división imperialista se hallaba á alguna distancia de San Lorenzo.

Porfirio Díaz supo el movimiento del enemigo, y jalzó sus caballerías sobre la división Márquez, mientras que los infantes y artillería caminaban á paso veloz.

Adelantóse Leyva con Guadarrama y el infante Manuel Toro, que tomó el flanco izquierdo del enemigo.

A las dos horas de marcha dieron alcance á Márquez, acuchillando á los dragones austriacos que sostenían la retaguardia.

Márquez mandó volar el parque.

Aquellos hombres habían perdido la moral.

Las caballerías, impulsadas por el aliento del coraje, se arrojaron sobre la retaguardia de la división y la despedazaron.

El 10 de infantería de los imperiales flaqueó al sentir el fuego de los rifles de Spencer que traían los dragones de Guadarrama, y se entregó prisionero todo el batallón.

La persecución seguía sin dar tregua á los que huían llenos de espanto.

Los batallones comenzaron á desbandarse, sólo uno de franceses y la caballería húngara se sostenían temiendo ser muertos como los prisioneros de San Jacinto.

Así llegó aquella diezmada división al Puente de San Cristóbal.

Allí abandonó toda su artillería de grueso calibre y cargó con la de montaña para contener á la caballería que los quemaba.

Cuanto extranjero caía en manos de los republicanos, tantos eran lanceados, y muertos en el acto.

El puente estaba amenazando ruina.

Porfirio Díaz se detuvo un momento.

Las caballerías tocaron diana y lo victoriaron.

La fortuna seguía muy de cerca al joven caudillo.

El valiente escuadrón de Mucio Maldonado se lanzó con denuedo sobre un flanco del enemigo, y se trabó un combate á pistoletazos.

Murió Maldonado, el valiente guerrillero que durante cuatro años había sometido la bandera republicana; atravesando por un mar de viscosidades y peligros, estaba prodestinado á morir en la misma tierra donde vió la luz; al llegar á las orillas de Texcoco recibió dos balazos en el corazón.

El caballo siguió el impulso, y dejando el cadáver de su amo en tierra, se fué á confundir entre las filas enemigas.

El cadáver del guerrillero fué disputado á lanzas á los dragones húngaros, y llevado á Texcoco donde se le hicieron los honores de ordenanza.

La muerte de Mucio Maldonado se supo como por telégrafo en todas las filas.

Entonces se oyeron alaridos de rabia y el combate se hizo mas encarnizado.

El batallón francés no podía ya de la fatiga, y los soldados, rendidos de cansancio se quedaban, buscando apoyo en las laderas del camino.

El grupo de guerrilleros caía como un rayo sobre aquellos infelices y los destrozaba.

No hubo misericordia, ojo por ojo, diente por diente.

En el largo tránsito de doce leguas y por sitios escabrosos, los republicanos les habían quitado á los imperealistas las piezas de montaña.

Los restos mutilados de la división iban confiados á sus propios esfuerzos.

Márquez, desmoralizado, trémulo, cobarde, atemorizado, había huído, dejando solos á sus soldados y á los húngaros, que caían á los golpes de sable de los dragones de la República.

A las seis de la tarde Márquez atravesó á escape por Texcoco.

Los oficiales huían rumbo al Peñón, otros se embarcaban en la laguna y otros se ocultaban en los barrancos.

Los soldados se entregaban prisioneros.

Media hora después, como una carga de caballería árabe, entraron los republicanos por las calles todas de Texcoco, dando de gritos y tocando á degüello.

Cuanto militar extranjero se había refugiado en la ciudad tanto fué sacrificado.

Los republicanos les cobraban cuatro años de sangre y sufrimientos.

Leyva siguió á los últimos restos de la división hasta las goteras de México.

Al amanecer del 10 de Abril. Márquez contaba cinco mil hombres y veinte piezas de artillería.

Al anoecer no quedaban de aquel ejército sino unos cuantos hombres sin armas, que enrababan por diferentes rumbos á la capital buscando refugio en la derrota y maldiciendo al jefe cobarde y alto de honor que los había abandonado en las horas de la lucha, desertando al frente del enemigo.

Los periódicos anunciaron que S. E. el lugarteniente del Imperio, después de sostener "cinco batallas," regresaba victorioso á la capital, habiendo dejado en el campo la artillería y los carrós, por juzgarlos inútiles en las operaciones del plan que se había propuesto seguir, para escarmentar una vez más á los disidentes.



CAPIUTLO DECIMOQUINTO.

LA FATALIDAD.

I.

El general Eduardo Fernández; novio de la encantadora Luz, había estado en el asalto de Puebla y en la batalla de San Lorenzo.

Los ayudantes Juan y Simón Torreños, aquellos jóvenes gemelos, se habían portado valientemente.

Durante el asedio de Zaragoza y en el rudo ataque del 10 de Abril, un hombre fornido que llevaba el traje de los campesinos de Michoacán y montaba un arrogante caballo, se había puesto delante de los Torreños, y en los lances más apurados les servía de escudo, arrojando los mayores peligros.

Luego que la persecución había terminado con el triunfo definitivo de las fuerzas del general Díaz, el cuidador de los gemelos desapareció en el camino que sigue de Texcoco á Tacubaya.

En la capillita de Santa María Astahuacán detuvo su caballo y atándolo á uno de los árboles del cementerio entró en la ermita por la puerta de la sacrestía.

Descubrió su limpia frente y entonces pudo verse á la luz de la mañana que comenzaba á entrar por las estrechas ventanas de la bóveda, á un hombre como de cincuenta años, mirada sombría, el rostro marcado con las huellas del remordimiento, su cabello y barba que era espesa, comenzaban á blanquearse con la escarcha de la vejez.

Arrodillóse frente al altar y comenzó á orar en silencio.

Aquel hombre debía sufrir un mal horrible, porque sus lágrimas se deslizaban por el semblante descolorido como el de los cadáveres.

Unos pasos tardos que indicaban la ancianidad, sacaron de su recogimiento al hombre de la barba cana.

Volvióse hacia la sacristía y vió á un anciano sacerdote que entraba en la ermita.

—Esperaba á usted con impaciencia, padre Rafael.

—¡Hola, Pascual, has llegado primero! ya se vé, los viejos sólo marchamos de prisa hacia la tumba.

—Padre; me encuentro bien, dijo Pascual, estoy algo tranquilo.

—Vamos, cuéntame lo que ha pasado.

El padre Rafael se sentó en un banco y Pascual permaneció de pie con el sombrero en la mano.

—¿Cómo ha ido de combate?

—Señor, el camino ha quedado cubierto de cadáveres, la sangre ha corrido á torrentes.

—¡Dios mío! ¿cuándo se aplacará el rigor de tu justicia!

—La jornada ha sido sangrienta, murmuró Pascual, yo he tenido una ansiedad horrible.

—¿Los hermanos de Pablo Martínez han sufrido algo?

—Nada, padre, mi pecho les ha servido de escudo, la muerte me ha respetado.

—¡Bendito sea Dios!

—Padre, yo deseo decirles al fin que son mis hijos.

—Aún no has expiado tu falta, tú ayudaste á perder á una familia; recuerda que Antonio Martínez ha muerto en el presidio, que los hijos de ese hombre son presa de la desgracia, y que tus amores criminales trajeron también la muerte á Velarde, á quien el guerrillero dejó sepultado en el subterráneo de Ario, mansión del crimen y centro de la expiación.

—Padre, es cierto, yo por vengarme de mi cómplice, por castigar el crimen de martirio ejercido en aquella mujer desgraciada, conduje á Pablo Martínez al subterráneo para que hiriese de muerte al asesino de su padre.

—Pero no te llevaba una pasión noble, los celos te impulsaban en alas de la fatalidad, aquel hombre había sorprendido tus amores, dudó si los gemelos eran sus hijos, y los mandó matar. Dios no quiso permitir ese horror y ha conservado á esos pobres niños.

—Padre mío, me ha ordenado usted en cuenta de mis culpas que no los abandone, y lo he cumplido. Cuando la madre ha entrado en la última morada, yo no he hecho sino sacrificarme por esos desgraciados que sé que son mis hijos.

—La revolución ha terminado, ponte en camino inmediatamente para Michoacán, llégate al pueblo de Ario, vuelve al subterráneo donde está sepultado Velarde, bajo la escalera encontrarás dos cofres sellados, uno contiene alhajas y otro oro, deposítalos en el curato, ese es el patrimonio de tus hijos.

Los ojos de aquel hombre brillaron con la luz de la codicia.

—Iré, padre, iré, dijo con precipitación.

—Desde la noche fatal en que Pablo Martínez ejecutó aquel solemne castigo en nombre del cielo, y yo confesé á Velarde que expió sus crímenes entrando vivo en la tumba, tú te has confiado á mí y me he encargado de redimirte, para que tus últimos años los pases con tranquilidad en la conciencia y paz en el corazón.

—Es cierto, padre.

—Marcha, marcha á Michoacán y haz estrictamente lo que te he ordenado.

Pascual besó la mano del padre Rafael y salió de la iglesia para montar á caballo y partir sin dilación rumbo al Estado de Michoacán.

II.

La noche del 17 de Abril llegó Pascual Rivero al pueblo de Ario, que ya conocen nuestros lectores.

Esperó en el camino que se avanzaran las horas.

La queda sonó pausadamente en el campanario del pueblo.

Las luces se fueron apagando y todo quedó en un profundo silencio.

El lejano ladrido de los perros anunció que Rivera entraba en la población.

Efectivamente, el padre de Juan y Simón Torreños llegó frente á la casa de los Duendes, con sus pistolas al cintó y sus espadas en la cintura.

Asomóse á las boca-calles adyacentes, y no percibiendo rumor alguno, se encaminó decididamente al zaguán de la casa.

Las puertas estaban apollilladas y llenas de humedad.

No había cerradura, las hojas se habían desprendido de las visagras y la tierra amontonada y las yerbas cubrían el dintel.

Pascual Rivera cargó el cuerpo sobre la puerta y una de las tablas se rompió sin dificultad.

Aquel hombre, para quien eran familiares aquellos sitios, penetró en el patio, que era un lago de agua verdosa y hedionda.

Entróse en los charcos y atravesó hasta llegar á la que había sido escalera y entonces un terraplén con unas cuantas lozas que se caían cuando las viejas maderas del techo se desplomaban al impulso del viento ó de la lluvia.

Puso el pie en la huella de los escalones, y se hundió hasta las rodillas en aquel fango.

Entonces volvió al patio, tomó una viga delgada y la tendió en el terraplén.

Subió por la viga y se encontró en el corredor.

Rivera sabía que su existencia estaba en peligro, que aquellos pasadizos podían desplomarse á su paso; pero la codicia y el deseo de enriquecerse le prestaban un valor sobrenatural.

Atravesó los aposentos que conocen nuestros lectores, descendió por la otra escalera y se halló en el patio donde estaba la puerta del subterráneo.

La losa se había hundido media vara,

—¿Si habrán descubierto el escondite? pensó Rivera, y parándose en un extremo de la piedra, la levantó del otro, quedando abierta la puerta del subterráneo.

Rivera llevaba la linterna sorda que le había servido cuando se presentó vestido de fantasma al guerrillero.

Probó á descender por la escalera.

Los escalones se hundían al parar rápidamente sobre ellos.

Rivera quedó en el antro sin salida alguna.

Aquel hombre no pensó en ello fija, su imaginación en el tesoro.

Al pie de la escalera había un esqueleto envuelto en unos harapos.

Un olor fétido dominaba en aquella pesada atmósfera.

Rivera tropezó con la osamenta, y dirigiendo la luz de la linterna sorda hacia el objeto que le impedía el paso, vió el cráneo de Velarde que conservaba aún algo de cabello.

Rivera se estremeció.

Parecióle que las órbitas de aquella calavera se volvían de fuego y le dirigían miradas siniestras y espantosas.

Apartó la luz para quitarse de delante aquel espectáculo horrible.

Buscó con avidez los cofres del tesoro, los encontró y dió una carcajada de satisfacción.

El eco de su voz lo hizo estremecer.

—Salgamos de aquí, murmuró con terror.

La escalera estaba deshecha.

El cómplice de Velarde pensó un momento en el medio de apurar aquella dificultad.

Acercóse á uno de los cofres que estaban en el aposento.

—Estos cofres, pensó el desgraciado, deben contener algo.

Púsose á revolver los objetos que se encerraban allí.

—La ropa de esa mujer, dijo con repugnancia.

Hasta entonces la idea de aquella infelice víctima vino á su memoria.

Hijos, amor, arrepentimiento, todo lo había olvidado, todo, ante la replidad de su riqueza.

Arrimó con trabajo el cofre, colocó otros cajones encima, y subió con su tesoro.

El agua comenzaba á desatarse con violencia.

El agua crecía en aquellos pantanos, y caía en chorros desiguales á los aposentos, por las hendeduras de los techos.

Pascual Rivera, como asido de un salvavida, llevaba con trabajo los cofres del tesoro, temiendo hundirse con aquella inesperada fortuna.

Descendió al primer patio: el agua le llegaba arriba de las rodillas: unos cuantos pasos más y estaba salvado.

Llegó al fin al zaguán.

Cuando reía con un acento de Satanás, un hombre empujó la puerta y se encontró frente á frente de Rivera.

—¿Quién es? preguntó asustado.

—¡Amigo! contestó la voz del desconocido.

—¿Que se ofrece?

—Hoy he recibido un correo del padre Rafael.

Tranquilizóse Pascual Rivera.

—¿Y bien?

—Me entregará usted dos cofrecitos.

Decir esas palabras á un hombre á quien la casualidad había lanzado á una atmósfera de oro y de brillantes, era lanzarle un rayo en el corazón.

—Voy á entregarles, dijo, acérquese quien sea. Acercóse incautamente el desconocido.

Rivera sacó un revólver y se lo disparó sobre el pecho.

Cayó aquel desgraciado revolcándose en el fango ensangrentado.

Rivera salió precipitadamente, buscó su caballo y se alejó á todo escape, procurando cortar por las veredas, en caso de que fuese perseguido por la justicia.

Al ruido del pistoletazo, los vecinos abrieron los postigos de sus ventanas, vieron pasar como una sombra al asesino, y volvieron á cerrar llenos de miedo.

III.

Al siguiente día los acólitos buscaron al viejo sacristán de la iglesia, y no encontrándole, dieron parte á la autoridad.

Dirigióse el alcalde á la casa de los *Duendes*, y encontró espirante al tío Miguel de un balazo en el costado derecho.

Condújose al herido á su casa, aplazándose el juicio para cuando pudiera declarar el enfermo, caso muy remoto, porque sin duda moriría á consecuencia de la herida.

—¡Bien decía yo! exclamaba la tercera esposa del tío Miguel, porque el sacristán tenía una fortuna decidida en esto de la viudez: bien decía yo anoche al verle salir en medio de la tormenta, este hombre marcha á su perdición, estoy segura de que fué á prepararse la cuarta mujer.

—Aquella casa es de mal agüero, añadía una vieja, hay un entradero y salidero de embozados, que da grima; no sé qué tendrán los duendes que llaman tanto la atención.

—Voy á mandar que se derribe el edificio, dijo el alcalde; ¿con que entran y salen? ¡he! ya veremos si me piden pasaporte esos señores.

—Es que el señor alcalde ha entrado algunas ocasiones, replicó la vieja.

—Sí, la justicia tiene de estar en todas partes; tuí á la práctica de una diligencia criminal, yo soy el ejecutor de los bandos de policía, no me concierne á mí su obediencia, no es lo mismo guisar, que tirarse con los platos.

IV.

En el grupo que rodeaba al lecho del tío Miguel, estaba un sacerdote, en el que nadie había reparado, seguramente porque se conservaba en retraimiento.

Uno de aquellos asistentes al drama del sacristán, gritó con alborozo:

—¡El padre Rafael!

Todos rodearon al sacerdote.

Las mujeres y los chiquillos le besaron la mano.

—Bien, bien, decía el padre Rafael, dejadme solo con el enfermo.

Todos se salieron del aposento.

—Tío Miguel, dijo el sacerdote acercándose al lecho del enfermo.

El herido volvió la vista y se encontró con el semblante venerable del cura de Ario.

—Señor, murmuró tratando de incorporarse.

—No te muevas, vas hacerte daño.

—Me han extraído la bala y estoy mejor.

—Pues, sin fatigarte, refiéreme lo que ha sucedido.

—Acudí á la *casa de los duendes*: en el zaguán encontré á un hombre que llevaba los cofrecitos; y le dije lo que me ordenaba usted en su carta y mandándome que me acercase, yo lo hice, sin prever que.....

—¡La fatalidad!

—Me disparó un pistoletazo á quema-ropa, que bien pudo llevarme á la otra vida.

—¿No han aprehendido á ese hombre?

—No, señor, el alcalde no pudo disponer de fuerza para perseguirle.

—Duerme, Miguel, guarda reposo y silencio; á nadie digas lo que ha pasado.

—Está bien.

—¿A dónde está mi carta?

—Allí está en la bolsa de mi pantalón.

El cura tomó la carta, que estaba manchada de sangre, y dejando una bolsita con dinero bajo las almohadas, se alejó de la casa del tío Miguel.

—¡Nadie comprendé el corazón humano! pensaba el viejo sacerdote; el mundo nada me ha enseñado: cuando creía en la redención de una alma lanzada en el abismo del romordimiento, de repente vuelve á sumergirse en las sombras de su pasado, esa pobre existencia lanzada en el mar revuelto de las contrariedades y del fatalismo.

CAPITULO DECIMOSEXTO.

DEUDA SATISFECHA.

I.

Estamos en los alrededores de Querétaro y en el 25 de Abril del año memorable de 1867.

El teniente coronel Pablo Martínez y su amigo, ó por mejor decir, su hijo adoptivo, D. Serafín, estaba al frente de un regimiento de caballería.

El Cuartel general mandó que el regimiento de Martínez pasara á la hacienda de.....á reponer sus caballos destruidos por tanto tiempo de fatiga.

El lector recordará que el 1.º de Junio de 863, cuando el ejército pasaba para la nobilísima ciudad de Lerma, el infortunado Quiñones había recibido el más cruel desengaño, de aquel famoso Don Cirilo, que le hizo una recepción tan descortés cuando presentó en la posada á Martínez y sus amigos.

Quiñones recordaba siempre la pesada broma del oficial retirado, y muchas veces le habían dado carga con la memoria del ridículo lance de su antiguo camarada.

Martínez tenía una memoria asombrosa para tener las fisonomías y los parajes.

Marchó el regimiento á la hacienda de.....

Cuando una nube de langosta se presenta en un sembrado, atemoriza menos á los pastores que á un hacendado la noticia infausta de la llegada de un regimiento.

Los hacendados ocultan violentamente las semillas, hacen desaparecer el vino y las vajillas, envían sus caballos á grandes distancias, remontan sus ganados como si amenazasen una catástrofe, y las muchachas de la finca huyen á los próximos

ranchos; porque la tropa es una verdadera plaga, cuya plaga se torna en un castigo del cielo, cuando pertenece á un bando opuesto al del propietario de la finca rústica ó urbana.

Martínez se armó con la orden del Cuartel general, y llegó á la hacienda.

—¿Dónde está el moyordomo? preguntó.

—Señor, ya viene, dijo humildemente el jornalero.

—Que venga pronto, ó lo traigo de las orejas.

—Está con el amo.

—¿Quién es el amo?

—Don Cirilo Hermosilla.

—¿Dónde he oído ese nombre? á mí no me es desconocido. ¿Y qué clase de pájaro es ese Don Cirilo.

—Es el amo no más, señor.

—Eso no basta, repuso Martínez, y seguido de sus ayudantes se fué directamente á la casa de la hacienda.

Apeóse y subió las escaleras, metiendo gran ruido con las espadas y el sable.

El dueño salió á recibir al jefe.

Luego que Martínez le puso la vista á quel hombre, lo reconoció.

Era aquel mismo D. Cirilo, teniente coronel retirado, que les había jugado la pesada broma de dejarlos sin comer.

—¡Hola, Don Cirilo! dijo Martínez.

—Pase usted, señor compañero.

—¿Compañero de qué?

De milicia; yo soy viejo insurgente.

—Bien, aquí tiene usted la orden para el alojamiento de seiscientos jinetes con sus respectivos caballos.

—La obedeceré, pero no tenemos pasturas.

—Pues cómprelas usted, me parece que están baratitas.

D. Cirilo arremangó el labio superior como trompa de elefante.

—Mande usted matar diez reses para que coma la tropa; usted es un hombre muy.....muy.....

—Mi ganado va á desaparecer, pensó; D. Cirilo y se estremeció.

—Disponga usted treinta camas para mis oficiales.

—¡Dios mío! exclamó el viejo.

Martínez tuvo á bien no reparar en las exclamaciones de D. Cirilo, y continuó con el mayor aplomo:

—Voy á disponer algo que á usted le concierne, y que nos avisen cuando esté el almuerzo para mí y la oficialidad.

Sin despedirse, marchó seguido de la turba de oficiales, que se frotaban las manos de satisfacción.